

Introducción

Desde mi tierna infancia o adolescencia, no lo sé con certeza, el deseo de escribir siempre rondó por mi mente, como un cazador furtivo que persigue su presa al acecho de la oportunidad propicia, y procurando no ser descubierto. El otoño de 1999, repleto de expectativas incumplidas, me dejó en el cerebro un vacío enorme que remedíé mediante unas navidades de fortuna en la isla de la Gomera, una de las islas más meridionales del archipiélago de Canarias.

Al iniciar el cuento «Vista a la isla», me dejé llevar por el tiempo escogido del relato, tiempo de acción, dinámico y vivaz, dando fruto a un manuscrito borroso y con tachones. El modo vino al unísono, apaciguando ese torbellino o huracán de palabras y verbos, arraigándolos sobre las hojas de papel en blanco, y ordenando las frases en cinco capítulos que corresponden a cinco días inolvidables para el resto de mi vida. Este cuento, estirado a golpes o ráfagas de inspiración, narra sin alardes literarios las cuatro etapas de la vuelta a la isla y un día de descanso en Valle Gran Rey. Los títulos de los capítulos son semejanzas marineras rescatadas del lenguaje popular. Todos llevamos dentro un marinero en tierra, y yo nunca quise ser menos. Es mi intención primera aproximar al lector a las gentes y parajes del sur de España, que por sencillez, acato la recomendación del editor, y no inserto en esta introducción un texto que presenté a unas justas poéticas en Palencia, de

las cuales obtuve, como ingrata respuesta, un rotundo silencio. No concurriré nunca más con parte de mi obra a ningún certamen presidido por una residua comunidad de chamanes frustrados, con la vocación de aprendiz a asistente de bruja, corrupta por lisonjas y melindres burgueses. En estos premios, de irrefutable prestigio y susodicha vanguardia, columbro una malvada censura, encubierta por cortinas de falsa humildad, y casi siempre influida por bulas vetustas e imperturbables. Sin ostentación ni gala de poeta chirle y presuntuoso, escribo para el pueblo llano, sencillo y franco, pues es al fin y al cabo, quien verdaderamente me sustenta.

Tal vez, ésta introducción, suscite algún contratiempo al lector más inspirado, pues pretendo aniquilar al cuentista o embaucador infatigable en el que a veces me convierto, y seré claro. Inicié «El corazón de María», afectado del marasmo físico delirante que me produjo la resaca alcohólica del carnaval de Santa Cruz de Tenerife. Cuento esto sinceramente, sin merecer benevolencia. Sólo el propósito de alertar, acerca del peligro que conlleva el abuso sistemático de bebidas alcohólicas, sin descanso durante diez días de juerga y desparpajo, me motiva a ello. Y a pesar de todo escribí. Eran más bien garabatos incoherentes que acabaron en la papeletera. Fueron tantos intentos y tan desafortunados, que desistí en la tarea. Atrofiado, me rendí ante la evidencia, ya que no fui capaz de enhebrar decentemente dos frases consecutivas. Sin embargo, ahora comprendo que en el montón de papeles que

deseché, iba impresa una desgraciada angustia que sin misericordia, me ahogaba. Me es grato reconocer que el simple hecho de escribir actuó como un chaleco salva vida, devolviéndome a la vital superficie, y manteniéndome a flote hasta el día de hoy. Desde entonces, no he vuelto a beber, y me alegro por ello. Al cabo de unos días, volví a iniciar el cuento, sentí que cuajaba, y me dejé llevar en volandas por los recuerdos de adolescente en Marruecos. Casablanca era ya por entonces una ciudad imponente que se extendía a lo largo del litoral Atlántico. La iglesia del barrio es hoy en día una biblioteca islámica, pero el ambiente que reina a su alrededor denota, aún, un cierto aire latino.

A partir de este instante procuraré, siempre que pueda, transigir con los defectos de los seres humanos, o aplaudir sus virtudes, y antes que se conmuevan ante lo que realmente no soy; me explico: carente de personalidad, y anegadizo en licores de ultramar, prefiero ser sincero y no lamentarme a la postre. Cuando por casualidad perdí momentáneamente el juicio, la vuelta a la cordura me apareció como un don divino que tenía que cultivar y mimar hasta quedar extenuado, y por ende, agradecer a Dios su preciada creación.

Y como imaginar la cordura sin un buen cuento que la realce, es casi contemplar un jardín sin flores que lo adorne, les comento que «El librero noctámbulo» es un cuento que narra las tribulaciones de un librero, que debido a su ingenuidad se ve obligado a

ejercer su profesión por la noche. La idea surgió de un chiste, que he pergeñado a mi antojo, para bien o para mal, como un desafío íntimo a la imaginación. Espero que mis amigos no me tachen de ramplón por ello.

En cuanto a «Playa de las mujeres sin número», decirles que es un relato generoso y atrevido, sea talvez lo más acertado. Escribirlo ha sido una experiencia formidable. Nunca pensé que lo lograría. Espero que puedan disfrutar leyéndolo.

Aliento al bienquisto lector a despojarse de sus prejuicios, como requisito indispensable para el buen entendimiento de los textos, que aunque sean bárbaros y con algunos saludables errores de sintaxis, quizá no sean del todo reprobables. Sólo me queda añadir, y seré breve, los precarios medios con los que conté para escribir los cuatro cuentos. Una aventura a la luz de una vela de cera, en el interior de un techo de lata con ruedas motrices (furgoneta); pero esto ya, será quizás otro cuento.

Vista a la isla.

Con viento de través.



Arranca con fuerza, recupera el ánimo, que son más de las tres de la tarde y quedan pocas horas de sol para rebasar el primero de los puertos de montaña». Se dijo Luis Viñuela, el protagonista de este relato. Iba cabalgando una bicicleta cargada hasta los topes. Simulaba una marcha carnavalesca por lo pintoresco del aparejo. Casi todo el material ajeno. Había empeñado hasta dos dientes de oro por conseguir el portabultos. En su pueblo natal, antes de emprender esta brava aventura, le prestaron unas alforjas de lona gris, en las cuales, iba todo lo necesario para realizar la vuelta a la isla. Solícito con los consejos de sus paisanos, iba provisto también de ropa de invierno, su mochila, su saco de dormir impermeable del ejército, que estimaba como a una reliquia, y demás útiles o enseres que, a medida que hilvane las ideas, iré describiendo.

La incertidumbre que le embargaba fue tal, que a poco de iniciar las primera rampas, se dio cuenta que: ¡Caramba! Olvidaba no solo el carburante del quemador para cocinar, sino también el agua. Preciado elemento natural, que a veces, algunas personas

impresentables se creen con el derecho de negar. Y digo yo: Será que sienten un complejo alarmante de dioses, puesto que negar el agua es como negar la vida misma. Él nació, como todo hijo de buena sangre, sediento de libertad. Devuelvan al indio su selva, al nómada su desierto, el camino al vagabundo, al pájaro su árbol, los campos a los campesinos, a nuestra madre tierra sus hijos, y verán como nuestro padre, el universo, nos concederá la paz predicaba. ¿Será el débil canto de la frágil ilusión? Dicho esto, dio media vuelta con el malhumor propio de los que mal empiezan mal acaban, dibujando leves sonrisas en los rostros perplejos de los lugareños que (por imaginar no sea) pensarían: «Este energúmeno se ha asombrado de lo que le falta por subir, y se lo ha pensado mejor».

Volvió sobre sus pasos, o mejor dicho sobre sus ruedas, con el propósito de aprovisionarse en la estación más cercana. Hay que ahorrar esfuerzos, esto va para largo.

La conversación que mantuvo con el empleado fue amena y animosa. Era un hombre joven, rudo en apariencia y de trato amable, quizá debido a que, sobre el portabultos asomaba una casaca de dependiente de gasolinera que regalaron a nuestro héroe días atrás, a cambio de unos favores que aquí no cabe mencionar. Dicho sea de paso, cosas de la ignorancia de algún familiar, metido en camisas de once varas, estos tiempos modernos da para jugar a chinitos y resulta que estos últimos saben

más que los gomeros. Enganchan a estar poseído por pésimas costumbres, que suelen costar un ojo de la cara, y en el peor de los casos, se nos va la vida en ello.

Se despidió sin más contemplaciones. Empezó de nuevo el camino, ya que el tiempo le apremiaba y quedaba bastante por delante.

La travesía en barco que le llevó a la isla fue corta, insulsa y sin contratiempos. Como anécdota que destacar durante el almuerzo: La clásica y casi des-
pótica incomprensión de un determinante visitante foráneo hacia los modales latinos de Luis Viñuela, que sin ánimo de ofender, se hizo un lío con los platos, los cubiertos, el mostrador y la debida compostura. Y es que, esto de sírvase usted mismo, no parece convencer al carácter sureño.

Era viernes, veinticuatro de diciembre. Tuvo que aprovechar la puntual oferta de la naviera de turno para hacer justicia a la frase: «Los pobres también viajan en sus ratos libres».

Quiero hacer aquí un inciso, acerca de marcar la diferencia entre calificar a nuestro protagonista de pobre jornalero, y no de miserable asalariado como se hacía siglos atrás, y así dignificar más aún, si puedo, la figura de nuestro personaje.

Dicha oferta le fue soplada al oído por un compañero, ya que Luis Viñuela siempre cultivó la amistad como principio moral, aunque a veces no llevado a

cabo con éxito como se cuenta más adelante, en esta no muy brillante historia. ¡Y nochebuena al caer!

El recorrido a la isla, escogido en el sentido de las agujas del reloj, pasaba por un campo de Tabaibas que, con algunos Tajinastes en floración en esa época del año, relucían por la lluvia caída en días anteriores. La pendiente era razonablemente llevadera. El ritmo del protagonista, vigoroso. Golpe de pedal a golpe de pedal, el asfalto se deslizaba bajo sus pies. Como a la salida de las curvas, la carretera acostumbra inclinarse más de lo corriente, evaluaba su incremento con atenta mirada, cambiaba el desarrollo de sus pedaladas, o se sostenía erguido sobre las dos ruedas para vencer el desnivel.

Las primeras gotas de sudor afloraron por su frente. En este primer tramo, el sol apretó de lo lindo, y el viento se ausentó por momentos. Tardó lo previsto en superar los seis o siete primeros kilómetros, punto en el que se paró a cumplir con una necesidad vital. Al mismo tiempo, echó una mirada hacia atrás, observando el trazado sinuoso de la carretera. Fortaleció su espíritu cruzarse con una moza de buen ver que bajaba a gran velocidad con el mismo medio de transporte. «Ya falta menos», se dijo. Pero la carretera oculta sorpresas. Y golpe de pedal tras golpe de pedal, las fuerzas van mermandose. De repente, entró en una zona de umbría y con viento de través. Se alzaba en ese sector una estructura metálica que soportaba una antena

cilíndrica. El conjunto de la carga, expuesta a los caprichos del viento de costado, dificultaba el dominio de la bicicleta. «Me voy por los suelos», pensó. Frío en las manos, más viento. La fina camiseta de algodón empapada en sudor, que le cubría el torso, jugaba en su contra. «Tengo que salir de aquí, no hay tiempo de apearse», se dijo. Aumentó la frecuencia de sus pedaladas hasta avistar unos rayos de sol que clareaban el oscuro asfalto de la carretera. El estar otra vez en la cara sur del monte, alivió sus temores. Lo sucedido merece otra parada para reponer fuerzas, tomar alimentos, y mudarse la vestimenta. Reconfortado por el breve reposo, se dispuso a continuar hacia la cumbre. Y como no hay bien que por mal no venga, durante el resto del trayecto disfrutó de una vista panorámica memorable, de un mejor estado de la carretera, y de unas pendientes más suaves. Golpe de pedal a golpe de pedal, el sufrimiento se convierte en la interna sonrisa del alma, llana y pura. La claridad espanta a la oscuridad. Enmudecen los desatinos. Se asustan los malos pensamientos. Lo rígido se torna flexible. Obedece el rebelde. Amansa al bravo. En suma, engrandece al ser humano.

Basta con acercarse al mirador de la degollada de Peraza. El cúmulo de sensaciones que intimidaron su mente, al contemplar por vez primera ese valle, fue tan emocionante como imponente. Dio rienda suelta a sus antojos. Gritó con todos sus hierros. De tal manera, que ahogó los silbidos de los lugareños que, en ese momento, procedían a comunicarse

los pormenores de la recogida de los rebaños de ganado. El pastoreo está de enhorabuena. Faltaban escasos minutos para la puesta de sol, y él siguió aún más. Los Roques se divisaban cerca. Cerca en la distancia, pero el intenso frío y el mar de nubes, terminaron por derrotar a nuestro aventurero; que tomó la sabia decisión de perder la primera batalla, a cambio de pasar la noche al nivel del mar. Tal vez, el tal Peraza no corrió con la misma suerte, cuando seducido por la hermosa Iballa, cayó en la trampa mortal que le tendieron los primitivos pobladores de la isla, allá por el año de... (Qué más da, esto no viene a cuento aquí.) Se retiró sin mucha fanfarria. La contienda quedó en tablas. Quedaba el descenso. Revisó el portabultos de aluminio. «¿Aguantarán los tornillos de cuatro milímetros? Veremos si no me veo tirado por estos caminos de Dios», pensó. Solitaria y de vértigo transcurrió la bajada. Sólo se oía chirriar las zapatas de goma de los frenos. Pensaba albergarse en un lugar llamado Vega y Pala, que figura a medio camino en todos los mapas de prestigio, y se pasó de largo. Es evidente, con las manos heladas por el frío y el anochecer amenazando, el que no corre vuela. «Por fin la costa, esto promete», se dijo. Las primeras casas blancas rodeadas de palmeras hicieron aparición. Sonaban villancicos por los altavoces. Se respiraba un ambiente festivo en el pueblo. Las calles, adornadas con banderines y bombillas multicolores, parecían darle la bienvenida. Se adentró hacia lo hondo del barranco, buscando la playa. El aire templado que

reinaba por el litoral reafirmó sus convicciones: «Está claro que pasar la noche al borde del mar, fue una decisión acertada».

Se acercó a unos botes de pescadores varados sobre los boliches de la playa. El rumor de las olas rompía la eternidad en cantos rodados. «Buen sitio para asearse antes de cenar», se dijo. Arrimó su montura a unos peldaños de la escalera que guía a la playa. Y otro golpe de pedal, pero esta vez en sentido inverso, para calzar la bicicleta. Es un golpe en vacío, envolvente de todos los demás. ¿Será el último del día?

Se hizo con una toalla de baño a cuadros. Los calzones remangados hasta las rodillas, y descalzo, se dirigió hacia la orilla. El cansancio de sus piernas, agotadas por el esfuerzo, le hizo tropezar dos veces con la misma piedra. Consiguió lavarse cara, pies y manos. Una ligera brisa acarició su semblante. No se entretuvo demasiado. Volvió, esta vez sí, sobre sus pasos y se dispuso a prepararse la cena. Consistió el manjar en una lata de atún, pan, cebolla, tomate y fruta. Cumplió con su obligación de conservar limpia la playa. Se calzó unas sandalias de piel, como para andar por casa, y no montó la bicicleta, la llevó de la mano, como una compañera de fatigas con la que hace tiempo no paseaba. «Son tantas las inquietudes y tantos los anhelos que te oculto», pareció decirle. Ella fingió comprender pero no le entendió.

Y así, deambularon por las calles un cierto tiempo, hasta dar con el cobijo apropiado para pernoctar. Un banco de ladrillos macizos al abrigo del viento, cerca de unos pinos enormes, era adecuado. Y ahí, ni corto ni perezoso, extendió la esterilla, colocó la mochila de almohada y se metió dentro del saco. Una estrella fugaz le recordó la ternura con que se despidió de Solange, una francesita rubia de ojos azules que no llegó a conocer muy bien. Y como el nómada nunca duerme, sólo descansa, deseó a todos una feliz nochebuena.

Navegando de bolina. ¹⁾

Despertar es a todas luces, volver a nacer, una esperanza renovada que alienta a seguir luchando. Se levantó al alba. En el sur, el amanecer dibuja entre el cielo y el mar una franja de colores tibios. Pintar esos instantes es privilegio de genios. Él no le dio importancia. Se paseó por el jardín para desentumecer las piernas. Oyó respirar el silencio de la mañana. Plegó todo lo plegable. Embaló el embalaje. Se cercioró de estibar lo estibable y se puso en marcha. La siguiente etapa consistía en alcanzar otro puerto de montaña, más largo aún que el primero.

1 *Expresión marinera: cñiendo el viento de pr. ca.*

Al llegar a un túnel, recordó que no tenía luces de señalización. Se arriesgó a cruzarlo, a cuyo término, se paró para localizar la linterna de mano y tenerla dispuesta, por si acaso. Como a menudo ocurre, después de un túnel le sucede otro. Aprovechó la parada para comer galletas con queso. Una parejita de turistas sonrientes, que lucían prendas deportivas recién estrenadas, y que corrían por los alrededores, le saludaron levantando las manos. Él les devolvió el saludo respetuosamente. El sol avisaba que la jornada iba a ser tela marinera, como ya se verá. «Vamos allá dijo en voz alta», sin saber lo que le esperaba. Y así, al cabo del segundo kilómetro se quedó seco, áspero el paladar y sin gota de agua que llevarse a la boca. Lo salvó toparse con el cementerio del pueblo que se encontraba aledaño al camino. No lo dudó, se desvió hacia él con la certeza de hacer acopio de agua y refrescarse la cara. No sabía si lograría otro punto de abastecimiento a lo largo de la etapa. Dando por hecho que le sobraba tiempo, se dispuso a desayunar. Sacó el quemador de las alforjas de lona, se preparó un té a la sombra de un brezo joven, acabó con las galletas y el queso, y vuelta a la carretera.

No recuerda el protagonista de esta peripecia, el tiempo que tardó en ascender hasta el núcleo de población más cercano. El calor era insoportable, crudo y sin piedad. Se sintió preso de su incapacidad para arrastrar tanto peso sobre la rueda trasera. No sabía si reventarían los tornillos del portabultos, él, o todos a la vez. El balanceo de la bicicleta

sometía los elementos que la componen al límite de su tensión de rotura. Resistir, se trata solo de resistir. Cuanto más se aguanta la angustia de resistir, mayor es la alegría del triunfo. No es fácil dominarse en esas circunstancias. Otra curva, otro golpe de pedal.

«¿Esto no tiene fin? ¿Lo tendrá? ¿Quién sabe? Seguro que caminando voy más deprisa. Puede ser. No sé. Otra rampa, otro golpe de pedal. Beber, tengo que beber. Otro desarrollo. De pie, sentado. Otro golpe de pedal. Golpe a golpe. Verso a verso. Si cabe, aquí todo cabe. El pozo es tan profundo que retiene cautivo al eco. ¿Se liberará en la rampa que se ve allá, a lo lejos? No lo sé. Otra curva, otro golpe de pedal...»

El paisaje árido por el que transitaba no le facilitaba la tarea. Así, luchando contra el fantasma del fracaso y derrochando voluntad a chorros, hasta toleró (no le quedaba otro remedio) las bromas que los lugareños pronunciaban a su paso, y por un lugar cuyo nombre prefirió no recordar. ¿A remo? No sé, pero con todos los hierros y la carne puesta en el asador, sí. Seguro que sí. En el olvido quedó el disparate.

Era medio día, el astro rey en su cenit. Puso un pie en el suelo para recobrar el aliento. Se bajó de la burra (figuradamente, claro está, se llama a la bicicleta. *Le vélo* en francés), pero siguió empujándola hasta el sitio idóneo para almorzar. Vio cómo un cernícalo, en vuelo rasante, se lanzaba sobre una

presa. «¿Será un lagarto o una lisa?» Presagió el fatal desenlace. El ave, espoleado por un impulso o instinto, cumplió con su objetivo. Se impuso la ley del más fuerte o del más veloz, una vez más. ¿Se puede influir sobre ese equilibrio de fuerzas? Como hombre, él tenía la lección bien aprendida. Su supervivencia se basaba en su ingenio y su tesón. Su integridad se ceñía a comportarse con naturalidad.

Al borde de la carretera, los muros de contención de tierras, contruidos con piedra viva, ofrecen la posibilidad de utilizarlos como repisas artificiales. Y así fue. No pueden imaginar lo que cabe en unas alforjas de veinte litros de capacidad. Desparramado sobre el estante improvisado, aquello parecía el mueble de cocina de un chiringuito o bochinche ambulante. Una olla, el quemador o fogón, medio litro de vino, medio kilo de pasta, un tarro de miel de romero, del país por supuesto, aunque se rasque uno el bolsillo. Se lo tomó con calma, almorzó hasta saciarse. Deseó echarse una siesta a la sombra de un palmeral, respirar el aire fino y limpio del monte, como trofeo a su constancia. Y sin embargo, reanudó la marcha a pie con la bicicleta a su lado, porque harto hasta los talones no hay quién diera un golpe de pedal. Caminó así hasta un cruce cuyas indicaciones señalaban: Imada. Se le encogió el corazón al observar el tramo de carretera que no pudo terminar la noche antes. Y los Roques estaban allí. Siempre están allí. Inamovibles, im- pasibles, inmensos...

Baches y buracos, tropezón tras tropezón, el asfalto irregular y caliente por el sol abrasador se pegaba a las cubiertas. ¿Interminable? Sacó fuerzas de flaqueza, de tripas corazón.

Unos días antes, había mantenido una charla con unos amigos en la residencia o albergue de una isla vecina, acerca de un tema que siempre le exasperó. Nunca asimiló el rasgo isleño de consentir que una relación familiar sea punto de partida para obtener favores sentimentales. ¿Será la herencia execrable del mal endémico derecho de pernada, que años atrás aprovechaba una relación jerárquica, título de nobleza, cacique o capataz (manijero en Andalucía), con el mismo fin? Esta idea que se comentó en la tertulia no pudo en ese momento rebatirla. A veces el que calla no otorga, es que está en el limbo o en la luna. Él volvería a tratar sobre eso, se lo prometía a sí mismo.

¿Cuántos golpes de pedal hasta llegar a la ermita del buen paso? Cientos, miles...

No lo sé, y todavía la meta invisible. De pronto oyó una voz que provenía del otro lado de la ermita. La voz emanaba de entre los miembros de una familia que celebraba algún acontecimiento:

–Hello friend ¿Do you speak english?

Él respondió:

–No, soy de Málaga, mua parlé fransé mijeño.

Sin más que se tercié prosiguió su camino. Alzaron el vuelo dos perdices morunas. Un corto descenso y otra vez cuesta arriba, que diantre, y con viento de frente. Un viento del norte, del centro de la isla, que soplaba gélido y racheado. Menudo regalo de Navidad. Se emperchó la casaca. No tenía guantes. Estamos en el subtropical, aquí somos hombres valientes. Temerario fue otro ilustre personaje que antaño peleó contra molinos de viento. ¡Que tontería! Ni dándole con más ganas se entra en calor. De repente, a la salida de una curva, (se destacaban de un manto de nubes blancas las cumbreras) exclamó: «¡El Hierro, La Palma!» En su interior, claro está. Por esa zona no había a quién transmitir tanto entusiasmo. Para colmar su paciencia, la niebla se precipitaba sobre él a modo de avalancha, fina al principio y tan densa después, que casi le cegaba; a pesar de esa inclemencia, le permitía apenas ver unos cuantos palmos del camino.

«Menos mal que voy subiendo», cavilaba nuestro héroe. «¿Y la meta? ¿Dónde está la cima del puerto? ¿Alguien lo sabe? La presiento cerca, aparece y desaparece por arte de magia», se decía. «No hombre, es la niebla que la oculta», le respondía su conciencia azorada por la excitación.

¡Al fin el parque! O por lo menos, un cartel o panel que indicaba uno de sus límites. Como un vulgar saltalindes se adentró en él. Enigmático, ancestral, misterioso... Predominaba por esa pista la faya y el brezo. Sobresalían árboles que jamás había visto.

«No puede ser un Saúco. ¿Será un Barbusano?» Echó una ojeada al mapa para orientarse. En el cruce de los pajaritos giró a la izquierda, hacia el Contadero. Le quedaban dos opciones: Ascender al alto de Garajonay o introducirse, aunque fuera unos minutos, en el corazón de selva de monte verde. Optó por la segunda. La espesa bruma humedecía sus entrañas. Que infinita diversidad de formas entrelazándose unas con otras. Caminaba por un sendero estrecho y sombrío, que serpenteaba entre árboles centenarios cubiertos de líquenes y musgo. Diríase que, hilachas de color verde esmeralda adornaban los troncos, las rocas y el espeso follaje, otorgando al bosque un aire de divinidad mística. Era un universo adormecido dónde lianas o bejucos, ramas, jaras y arbustos, cimbreaban bajo el azote del viento, dejando escapar el suave hálito de su existencia. Extasiado ante el vestigio ubérrimo de una era longinqua, se paró. Cuanta variedad de plantas. Inmóvil y fascinado, se rindió ante ese entramado vegetal de seres que convivían en un anonimato panteísta. Unos caen otros se levantan, unos mueren otros nacen, unos lloran otros cantan, unos ordenan otros se quejan, unos menguan otros crecen, unos brotan otros se desvanecen, pero el conjunto sobrevive al paso del implacable tiempo. Ojo avizor a la mano del hombre que altera su existencia pacífica. Sí señor. ¿Tendrá la oportunidad de recrearse en esa maravilla de la naturaleza? En otra estación del año por supuesto, merendar cerca de la ermita de Lourdes en

el corazón de ese jardín de otro tiempo, joya entre las joyas.

«Cae la tarde y la noche se avecina, hay que salir pitando de aquí», se dijo. De nuevo se puso en camino. Mientras descendía a través del parque escuchaba el canto de los mirlos distinguirse entre una encantadora melopea de sonidos extraños y abucheos lejanos. ¿Serán tal vez aves del paraíso o pajarotes ignorados? ¿Será un herrerillo o el famoso alcaraván? El dolor en las manos le obligaba a soltar el manillar para frotárselas. Circulaba siempre alerta a las manchas del camino. Las gotas de rocío caían de las copas de los árboles para empapar el asfalto. Entre la densa vegetación, por la izquierda, un cerro rocoso de forma singular, la fortaleza de Chipude.

Legendaria, simbólica... Forjada a fuego desde las entrañas de la tierra como vigía del parque. ¿Despertará de su ensueño el Guanche? Frío, más frío. Salió impresionado del parque.

Se detuvo a la puerta de la cafetería de un pueblo próximo y entró para tomarse dos tazas de café y una torta de almendras. Dos guardias le siguieron, se dirigieron a la dueña de la posada por otro asunto. El propósito le era ajeno. Pagó la cuenta y se marchó de allí. La noche estaba al caer. ¿Le multarían por no llevar luces? Esa duda le molestaba. Inquieto no apreció la belleza del entorno. Era un desfiladero, cuyas paredes rocosas abruptas por la erosión de trombas de agua a lo largo de los siglos,

se presentaban como una brecha abierta en canal. Cruzó dos túneles, uno detrás de otro, con la linterna en la mano. El vehículo de los guardias le adelantó. «Nada, no pasa nada, menos mal», se dijo. Guardó la linterna porque manejar la bicicleta con una mano engendra peligro. Atravesó el pueblo cuyo nombre da merecida fama a la parte sur de la isla sin incidencias. La visibilidad escasea. La noche encima. De repente, de entre las tinieblas surgió un gato, negro como el carbón, que se abalanzó sobre la rueda delantera. La confianza mata. ¡Que tortazo! En su intento de esquivarlo, la rueda patinó y Luis Viñuela salió despedido por los aires de Lima. La caída, dentro de lo que cabe, no fue muy aparatosa, pero a ciegas, intentar recomponer el desastre fue lo peor. La mochila por un lado, las alforjas por otro, la linterna en mil pedazos, y él, maldiciendo al pobre animal que no tuvo la culpa. Está claro que para circular de noche, los faros son imprescindibles. Una vez superado el susto y el mal trago, con un farolillo alumbrando acabó la etapa.

A pie llegó a la orilla del mar, con la osadía de pretender bañarse para curarse los rasguños y rozaduras del tortazo. Cosa que hizo sin mediar tiempo. El agua del mar cura hasta el mal humor, tuvo que pensar. Duró en el agua, lo que un caramelo de anís en el portal de un colegio de niños. Salió tiritando de frío, escalofríos por todo su cuerpo, piel y carne de gallina, corriendo como un galgo para secarse y cubrirse. Escapó de enfriarse o de agarrar una pulmonía. Dios aprieta pero no ahoga.

Nuestro héroe pide disculpas a los lectores de esta historieta por no contarles dónde ni como pasó la noche. No es por pudor, ni por salvaguardar la intimidad de una moza del lugar. Aunque a él, le hubiese gustado pasar la noche en brazos de una mujercita cariñosa. Pero molido de la caída y exhausto por la jornada, prefiere que ustedes den libre albedrío a su imaginación, usando la referencia del primer capítulo, ya que ésta fue muy similar.

Calma.

De un salto, pasó del sueño a la realidad en un abrir y cerrar de ojos. El crepúsculo mantenía aún algunas estrellas suspensas en el cielo. Boca arriba las contempló un instante más. Al incorporarse notó cómo le dolía todo el cuerpo. «Despabilar, tengo que despabilar» se dijo. No hay nada como un baño matutino para matar la morriña. Se dirigió a la playa más cercana. Se aprestaba a desnudarse, pero los acantilados impedían todavía al sol hacer acto de presencia. Una pareja de ancianos que daban un paseo, le aconsejaron otra playa dónde si brillaban los rayos tempraneros del rey de los astros. Les hizo caso. Comprobó la sapiencia o sabiduría de los ancianos al llegar. Las olas eran bestiales, batían con rabia contra las rocas y las piedras esparcidas por la arena negra de la playa, pero lucía el sol. Así que, en traje de baño, se remojó hasta dónde lo permitió el fuerte oleaje, y se apresuró a

montar el campamento para desayunar. En plena faena, el té ya caliente y dispuesto para el primer bocado del día, de entre los montículos de piedra cercanos, empezaron a salir de sus escondrijos unos turistas desnudos que le miraban atónitos o pasmados. No se inmutó lo más mínimo, siguió a lo suyo. Resulta que estaba en medio de una playa nudista. Es gracioso imaginar el cuadro con Luis Viñuela rodeado de turistas desnudos por todas partes, siendo el centro de atención de la playa; sólo le faltó, pregonando a voces, venderles pedazos de coco para pasar desapercibido. Acabó sin prisa el desayuno y recogió todos sus bártulos con calma. Era su día de descanso. Bienvenido descanso, descanso pasajero, cómodo descanso, descanso merecido. Tumbado en cualquier rincón a la sombra de un árbol, donde fluya el aire marino, al abrigo del calor y del viento. Viendo pasar gente atareada. Es como jugar a la contra, nadar contra corriente sin esforzarse, soñar despierto, trocar fatiga por placer sin mover un dedo.

Será que el escribiente de este relato se ha contagiado de tanto descanso, que no llena los papeles en blanco desde hace un tiempo. Los tiene arrinconados y polvorientos. La vena creativa maltrecha de tanto ajetreo también se resiente.

Clavado a la esterilla pasó la mañana, el mediodía y la tarde. Un chiquillo le comentó que en una playa más al Este, unos hipies alemanes vivían en cuevas como aborígenes. Curioso, por ver si era cierto, se desplazó hacia allá. Llegó al atardecer, pero

las cuevas estaban aún más distantes. Para lograr alcanzarlas, tenía que salvar un sendero escarpado que bordeaba los acantilados. Desistió del intento. La bicicleta cargada no pasaría. Se acomodó en esa misma playa a la espera de cenar. Observó cómo dos lindas muchachas, que parecían gitanas en el vestir, ataviadas con pulseras, pendientes extravagantes y tatuajes por el cuerpo, llenaban dos garrafas de agua en una finca privada. Sintió atracción por una de ellas, era esbelta y ligera. La ojeó detenidamente hasta que se cruzaron las miradas. Con una sonrisa franca en su semblante, la saludó. Atisbó en ella un suspiro de sensiblería, y la vio alejarse por el camino que conducía a las cuevas. «¿Quién pudiese seducirla?» Se dijo.

A sus espaldas, y mientras cenaba, oyó algunos acordes rasgueados en una guitarra. El sonido emanaba del interior de la finca privada. Era una señorita presumida, que instalada en una terraza de verano, con parrilla y sillones confortables forrados con gamuza oriental, se ejercitaba a duras penas. El vallado de la susodicha finca estaba apareado por bloques prefabricados de cemento a modo de celosía, e impedía a Luis Viñuela rondarla. Así que, masticando aún los alimentos, y a través de un hueco de la empalizada, Luis Viñuela le pidió cortésmente:

—¿Me dejas tocar una canción?

La chica no contestó y siguió rasgueando el instrumento. Luis Viñuela le indicó por señas que podía

pasar la guitarra por encima del vallado e insistió; ya que sentía verdadera pasión por la música:

–Puede que te guste escucharme tocar.

Entre dientes, algo murmuró la moza de clausura, pero no le prestó la guitarra. Así que, se volvió para acabar la cena. Cenó una ración de pasta italiana a la andaluza, (receta casera y nutritiva) y algo más. Apuró las provisiones hasta atragantarse. Sabía que salir de la hendidura por la que se extendía el valle era un puerto de montaña de primera categoría.

Alguien oyó la conversación. Un polaco que pasaba por allí, de nombre Andrea, y como también era músico, hizo buenas migas con nuestro personaje. Le informó que en las cuevas habían guitarras, tambores, mujeres bailando, en fin, toda una juerga o guateque. Aunque los amigos se hacen en el camino, nuestro héroe se resistió creer tanta generosidad. De todos modos la bicicleta no cabría por el sendero. Pero la gitanilla de talle fino y tatuajes por el cuerpo, que le dirigió la mirada tierna y sutil, lo tenía hechizado. Sus embrujos surtieron efecto. Decidió dejar su burra atada con un candado a un poste firme, y encaminarse solo hacia las cuevas.

El sendero, de fácil acceso al principio, se convirtió en un camino de cabras al cabo de un rato. Resbaló más de una vez a causa de las piedras y de la tierra suelta. Absorto por no despeñarse al precipicio a cada paso, no se percató que la marea estaba baja. A marea alta, horas más tarde de una noche sin

luna, le sería imposible retornar. Casi a tientas dio con la grieta del acantilado que daba a las cuevas.

Se oía ruido de tambores y palmas, gritos y risas, cantos y llantos. Estaba la tribu alrededor de una hoguera saltando y danzando al compás de la música. El vino rebosaba de los vasos y de las bocas de los comensales. Algunos invitados se afanaban alrededor de un caldero lleno de carne estofada. Hambre que espera hartura, ni es hambre ni es ná. ¡Que jolgorio! De incógnito se unió a ellos. Al principio nadie notó su presencia. Sólo Andrea le saludó disimulando con un guiño. Confiado por el ambiente cordial que prevalecía entre los miembros de la tribu, fue convidado a tocar una pieza de su lejana tierra. Cosa que hizo muy gustosamente. Mientras tocaba y cantaba, no dejaba de admirar la gitánilla morena de talle fino, cautivo por el movimiento embriagador de sus caderas. Pasaron los segundos, los minutos, las horas y la fiesta no se interrumpió. La música invadía los corazones de todas las figuras sin excepción. Por fin, el comodín de sala hizo los honores, y Luis Viñuela bailó con su amada. Con juegos de mano y besos la cortejó. Durante el baile, ella le susurró al oído que le gustaba dormir con las de su mismo sexo y condición. «¡Caramba! Bollera, lo que faltaba» pensó. El nunca celó de amores en exceso, y sin embargo las risas y los cuchicheos le irritaron. Triste y enojado, quiso huir del ridículo, escaparse de allí. La marea llena se lo impidió. Para escalar del abismo de su desesperación, agarró una botella de vino tinto y

dale que dale, se emborrachó. Ebrio e inmerso en las profundidades de su ego, alzó la voz, incordió e insultó. La plebe hizo oídos sordos a sus calumnias. Aislado y riéndose a carcajadas se derrumbó sobre la arena.

Al volver en sí, regresó al sitio dónde había dejado atada su burrita, pero no dio con ella. No se alarmó. Con sangre fría y resignado buscó por los alrededores. Nada, sus pesquisas fueron vanas. Pensó que lamentarse sólo acarrea más impedimentos, y trabarse en divagaciones más; así que, indagó en su memoria hasta percibir una luz muy tenue que fue tomando cuerpo:

«—Seguro que tramaron este hurto desde el momento en que me fijé en la gitanilla de ojos pardos», caviló.

Despojado de su compañera, y convencido de la complicidad de Andrea en el asunto, le rogó que a su vez rogara al jefe de la tribu que le restituyeran la bicicleta. Era todo lo que tenía. Andrea se ofendió, él era inocente. Luis Viñuela le instó, contándole mil y una batallas. «El que le roba a un pobre no merece indulgencia, y como bellaco, zurriagazos por castigo ha de cobrar, hasta purgar su maldad. Pocos son los temerosos del juicio de un poder divino, o del sable del ser omnipotente que ve y adivina todo». Andrea pareció reflexionar. Alabando y exaltando las virtudes del protagonista, víctima del atropello, consultó con el consejo de la tribu. Al cabo de un rato, deliberando, Andrea volvió con la burra sin faltarle

ni un detalle. Según las últimas nuevas, algún miope desalmado se había confundido en el transcurso de la noche y se apropió indebidamente de ella para hacer unos recados urgentes. Todo quedó en un susto. Luis Viñuela, conmovido, agradeció la bondad de Andrea con un fuerte abrazo. Todos los pobres de la tierra deben tenderse la mano.

Eran las tantas de la mañana, cuando nuestro héroe, pedaleando sobre el sillín de su montura, salió de la playa con cara de melancolía y una leve mueca de nostalgia, para emprender un día más el recorrido a la isla.

«A orejas de burro» ⁽²⁾

Confuso por el acontecer de la noche y con una resaca de tres pares de huevos, atacar el puerto de un tirón era tarea de gigantes. Luis Viñuela lo suponía. Titánico esfuerzo tendría que realizar. Como él era un simple farsante, se pararía más de una vez. Así que, como quien no quiere la cosa, su ritmo cansino fue imponiéndose a las primeras cuestas. Al llegar a una de tantas curvas, buscó cambiar de desarrollo, pero no lo halló. La cadena engranaba el piñón más grande. Sus piernas temblorosas se aflojaron. Tuvo que detenerse. Era la primera vez que se bajaba

(2) *Expresión marinera; navegando a vela con viento de popa, cazando bastante la vela mayor, y calando la orza.*

de la bicicleta, vencido por la pendiente de la carretera. Con cara de circunstancias y humillado, siguió andando. Achacó la derrota al hecho de no haber conciliado el sueño debidamente, a no haber desayunado, a no estar en plenitud de facultades y otras disculpas por el estilo. Pero lo cierto es que se apeó sin quererlo y eso le dolió. Hirió su amor propio, destrozó su orgullo. Deseó no haber aceptado nunca el desafío de dar la vuelta a la isla en cinco días.

¿Dónde dejar la bicicleta cargada en una cuesta? Aguzó el ingenio y la empujó hasta una barandilla metálica al borde de la acera. Una vez allí la inclinó sobre los barrotes rectangulares hasta quedar inmovilizada. Cogió el biberón del cuadro y bebió hasta vaciarlo. Contempló las palmeras dispersas a ambos lados de la hendidura. Estaba en el centro mismo del valle. Se destacaban de los riscos, los bancos hechos con manos de mujeres y hombres con coraje.

Gente digna la que con su labor y sacrificio sobrevive a la dureza del entorno. Gente hábil la que sin someter la tierra a barbarie, sabe adaptarse y vivir en perfecta comunión con ella.

¿Saldría del valle? Cruzó la carretera y entró en una pequeña tienda de ultramarinos. Necesitaba agua y fruta. La moza de ojos claros de belleza sin par que le atendió devolvió la sonrisa a su rostro. Le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

La muchacha contestó:

–Naira.

Luis Viñuela le contó un chiste, bromeó hasta hacerla reír. Ver sus dientes blancos y sanos expresar una risa sincera y franca, tonificó su moral. Resucitado por el encuentro, agarró la bicicleta con otro aire. La vida está llena de detalles o pequeñas cosas que actúan como detonantes de grandes pasiones. Y golpe de pedal a golpe de pedal, se plantó en el jardín de la ermita de Arure donde almorzó.

Aún quedaban rayos y truenos por delante, pero el tramo más empinado ya había pasado. Se sentía victorioso por haber salido del valle. En el cauce de una acequia, recogió agua con una cazoleta para lavarse la cabeza y la gorra de algodón que le protegía. El sol seguía haciendo de las suyas y el viento soplaba a favor. Su meta era el cruce de Apartacaminos. Tenía que darse prisa. No resistió la tentación de asomarse al mirador de Alojera. «Otra vez el Hierro y la Palma. ¡Grandioso!»

Transitaba por el sosegado jardín de vegetación impenetrable cuando alcanzó el cruce, y al visar los paneles indicadores del desvío, se alegró.

Ahora dirección Vallehermoso. La bruma le negaba la posibilidad de disfrutar del paisaje. El invierno deja una huella imborrable a los visitantes del parque. El peligro de un pinchazo o avería acecha sin tregua. Se percibe la necesidad de habilitar una

cueva para refugiarse. Continuó bajando. Pasó delante de una venta y saludó efusivamente a los clientes bien arropados. Se extrañaron al ver la pinta del ciclista. El aire fresco delataba la vertiente norte de la isla. Al llegar a las medianías, la niebla se disipó. Entonces, como si saliese del túnel del tiempo se presentó el valle, hermoso, escoltado por formaciones de rocas basálticas y ácidas, de color blanco grisáceo, en contraste con el sur de la isla. Por las cañadas se elevaban árboles de hoja perenne. Anidaba entre sus pensamientos, como un sueño sagrado, la inmortalidad de los bosques que contemplaba. Imperaba entre sus sentimientos, el de salvar cualquier reducto de naturaleza. Se puede falsificar una perla, pero lo que sus ojos veían, nunca o jamás se imitaría.

Atento a no excederse en el trazado de las curvas, alcanzó las cercanías del pueblo. En las parcelas que cercaban las viviendas predominaba el cultivo de la vid. Las parras estaban coronadas aún por hojas de color ocre otoñal. Pudo leer: Se vende. Esta finca se vende. Esta también. ¿Y tú te vendes? No, yo no me vendo. ¿Y él, se vende? Él vende su alma al diablo. Y cuando esté todo vendido. ¿Qué sembramos? Sembramos la semilla de la desolación.

¿Conseguiría ver los órganos? Sí, claro que sí. En el bar del pueblo, donde se tomó un café con leche y conversó con los labradores para relajarse. Una fotografía en blanco y negro de dimensiones más que aceptables, colgaba de un muro. Ahí estaban

los famosos acantilados. No pudo demorarse más, aún faltaba otro puerto de montaña, menos rudo que los anteriores pero puerto en fin. Y golpe de pedal tras golpe de pedal, se distrae la desidia y se esconde la tristeza, la honra aventaja al vicio, se saltan los obstáculos, se evitan errores, las envidias se desploman, calla el exigente, habla el humilde, la vida es más vida.

Le faltaba tal vez poco para superar el puerto, cuando se extrañó al ver una pareja de abuelos sentados cerca del arcén. Se detuvo a charlar con ellos un rato. Dos perros de reducidas dimensiones les hacían compañía. Tomó buena nota de sus palabras. No se le escapó ni una sílaba. El escribiente las resume así:

La abuela: –Ya nadie quiere arar la tierra ni cuidarla.

El abuelo: –¿Lo ves?, aquello es lo mío. Pero los bancales más allá están en total abandono.

Luis Viñuela: –¿Es dura la vendimia?

El abuelo: –Sí, aquí es penosa. Ahora, que te tomas dos vasos de vino que yo elaboro y te tumbas de cuajo.

Luis Viñuela: –Será con el estómago vacío.

El abuelo: –Sí, a lo mejor. Bueno no sé.

Unas sonrisas fraternales como sublime despedida y un adiós hasta siempre forman el cierre de la parada.

«Presiento la próxima meta, una etapa más quemada, sólo falta un ligero descenso hasta Agulo», se dijo. Se sabía triunfante, ya nada ni nadie le impediría realizar la vuelta a la isla. Se confió al ser supremo de allá arriba y clamó al cielo por la generosidad y clemencia con que le trató. Pasó visto y no visto por Agulo, pletórico de fuerzas. Ya no consultaba el libro de ruta. Preguntando se llega a Roma:

–Oiga por favor, ¿me permite una pregunta?

Dirigiéndose a un paisano del lugar. El del lugar contestó:

–Sí hombre, cómo no.

Luis Viñuela:

–¿Es el camino de Hermigua?

Una voz resonó por encima de ellos:

–Pregunta al ciclista si quiere tomarse un vaso de vino.

Luis Viñuela sin bajarse de la bicicleta, y antes que el lugareño repitiera la pregunta, dijo al vuelo:

–¡Hombre! Yo, agradecido.

(Estaba helado por el descenso) Luis Viñuela miró hacia atrás. Por el tono de la voz, de carácter jovial y abierto, que hacía señas invitándoles a entrar en su casa, (hogar, dulce hogar) era un hombre de complexión fuerte y edad madura. Entraron y se

les ofreció una copa de vino tinto. A nuestro protagonista, además, una cazoleta de garbanzos com-
puestos y pan. No se hizo rogar demasiado. No es necesario un paladar exquisito para saborear lo que está hecho con gusto. Se puso manos a la obra. Entre bocado y bocado les contaba su proeza, de dónde venía, y hacia dónde iba. Hubo tiempo para presentaciones, los miembros de la familia de Vicente, el anfitrión y señor de la casa, a los que saludó encantado. La hospitalidad abre las puertas del paraíso. Satisfecho y repuesto se despidió de todos. Hasta siempre.

Reanudó la etapa hasta la playa de Hermigua. Allí, observó cómo un depósito, encaramado en lo alto de un terraplén, tenía una fuga. La presión forzaba el agua a chorrear en forma de cascada. Una ducha que él utilizaría para lavarse de arriba abajo. Limpio por dentro y por fuera, halló en una plaza de la vega o arrabal, entre plataneras, un escondite para acampar. Con los músculos desgarrados y extenuado se arrojó al suelo. Antes de cerrar los ojos, reflexionó sobre las miserias de nuestro primer mundo, supuesta avanzadilla de la civilización, y sin embargo, ansiado por personas de otros mundos. ¡Que equivocados están! Consideró todos los privilegios que tienden a concentrar la riqueza cuando nos atañe diluirla, convirtiéndonos en esclavos de la prisa, de la soledad, y de fútiles modismos. Y cuando no es así, nos transformamos en furibundos mercenarios, armados de ingratitud, de crítica intolerante y de codicia. ¡Que metamorfosis! Unas

nubes salpicadas por el cielo atenuaban el rigor de la noche. Hermigua tiene el mejor clima del mundo.

Zozobra.

El hombre bueno no teme a la oscuridad, y anda sin miedo en su soledad; es parte del estribillo de una célebre canción que se escuchaba en una radio cercana. Él se incorporó temprano. Presto a calentarse una taza de té, oyó las risas de dos turistas inglesas. Estaban alegres, volvían de algún guateque con algunas copas de más. Al verle, le desearon felices fiestas colmándole de besos por toda la cara. El resplandor de la farola de la plaza dejó entrever sus rostros. No eran muy agradecidas que se diga, pero él tampoco era muy delicado en asuntos de faldas. Les comentó que daba la vuelta a la isla, y era su última etapa. Quedaron en verse en la villa de San Sebastián al ocaso de ese mismo día. Ellas siguieron su rutina y él continuó con sus preparativos.

Consultó su reloj. Aún faltaba más de media hora para los primeros rayos de luz. ¡Vaya madrugón! Él no era supersticioso. ¿El que bien empieza mal acaba? Se hizo la luz y estaba listo para el combate. Era un reto personal. Deseoso de acabar la guerra entablada contra sí mismo. Sólo le quedaba avanzar, tirar hacia adelante con fe en sus posibilidades. Y así fue. Entregado en cuerpo y alma, la mirada fija en la carretera, dejó atrás el Convento,

viró a la derecha hacia el monte del Cedro. Alucinado, tenía la impresión de penetrar en una dimensión remota. De pronto, se vio sorprendido por un perro de raza y tamaño respetable que le salió al paso ladrando. Furioso y molesto, Luis Viñuela se bajó de la bicicleta, la apoyó sobre un talud, asió el rígido candado de las alforjas y se encaró con el can. El animal salió por patas hasta la verja de una finca, desde dónde frustrado de sus pretensiones, siguió con sus ladridos. Luis Viñuela, con los nervios a flor de piel, se extrañó de su propia reacción. ¿Estaría rozando los flecos de la locura? No le inquietó más el incidente. Se paró en el límite norte del parque nacional de Garajonay para afeitarse. Su puñal de campaña con la hoja afilada le bastó. «Hay que dar buena imagen, el éxito requiere buena estampa», pensó. Y otra vez a la carretera. Golpe de pedal a golpe de pedal, la soberbia se desgrana, se oyen cantos de sirena, la perseverancia se vuelve agonía, echaba espuma por la boca, las venas y arterias hinchaban su cuello, roto y hecho añicos, la fatiga lo derribó. Se imaginó sepultado por la espesa vegetación. Quiso volcar la bicicleta por una cañada, desprenderse de todo y salir corriendo. Deslumbrado una vez más por la madre naturaleza, que cuidaba de infundirle confianza e inspirarle valor, se retuvo.

Tapices de helechos recubrían los taludes. Al borde de la carretera, plantas trepadoras encaramándose a las copas de los árboles se mostraban como escaladoras innatas. Un bosque de Tejo en la parte

más escarpada de la vertiente norte sobresalía de las rocas como estandarte y emblema del parque.

Ató la burra cerca del mirador del Rejo y cruzó algunas palabras con los obreros del parque, que a duras penas realizaban su faena diaria. Se puso a andar hasta el siguiente cruce. Pretendía grabar en su memoria la visión del paraje como insignia y ejemplo de perfección.

Era mediodía y volvió al asfalto, pero esta vez hacia abajo. De repente, oyó un ruido extraño atrás, uno de los tornillos que soportaban el portabultos había partido. Se arrodilló sobre el carril, con manos expertas y a ojo de buen cubero, colocó unos latiguillos en el lugar apropiado. Un buen tirón de alicates hizo el avío. Una chapuza a la altura de nuestro héroe que bien vale un rescate. Otro descenso de aúpa. ¿Le perseguiría la mala fortuna? Por suerte los frenos aguantaron. En las rectas largas de la bajada soltaba el manillar y levantaba las manos como signo de triunfo.

«—Villa de San Sebastián, te quiero.»

Se atrevió a vociferar con todo su corazón. Bueno, con lo que le quedaba, porque un gran trozo de él sigue impregnando muchos rincones de la isla. Nada podía empañar su victoria. Encorvado sobre el cuadro y fundido así con su montura, tímidamente al principio, entró en la villa. Se instaló al lado de un bochinche o chiringuito en cuyas mamparas colgaba el cartel de: «Cerrado por vacaciones de Navidad».

Se aseó en la ducha de la playa. Todo iba sobre ruedas. Nunca mejor dicho o que valga la expresión, como ustedes prefieran. Las ojeras en su cara revelaban cansancio aún. Ojeó su cuaderno de notas mientras descansaba sobre un respaldo improvisado con rocas de la playa. Al atardecer, dio un paseo por la villa para solventar su pasaje de regreso con la Aaron Larsen Company & Asociados. Por lo visto, la bicicleta precisaba de un billete aparte. No le importó, ella se merecía esa distinción. El trato que recibió en todas sus gestiones fue afectuoso. Se estremeció al descubrir unos ojos negros como luceros, pero con disimulo, aparentó no sentirse afectado. Era la muchacha más linda de la villa. El amor verdadero siempre conlleva unas gotas de inocencia. Al anochecer, se ubicó en el bochinche que estaba cerrado por vacaciones, y se acomodó para cenar a cuerpo de rey. Los peatones que pasaban quedaban admirados al verle vaciando las alforjas o atareado con la cena:

–¡Oh! Si es una olla para las papas.

Exclamó una moza de buen ver. Con algunos contrastó sus impresiones acerca de la isla. Con dos chicas de la villa:

–Sí, chiquita pero matona.

–Hasta la bajada de la Virgen, en 2003. ¿Quién sabe? Hasta siempre.

Halló sin demasiados rodeos una morada para su burra y la amarró con tacto. Ella lloró como una

ingenua, él la acarició para darle ánimo y se marchó hacia su cita con Raquel, una de las dos inglesas que le premiaron con besos en la mañana por realizar semejante hazaña. Echó unos tragos para envalentonarse antes de adentrarse en la sala de fiesta de la villa. No cabía un alfiler. A empujones se abrió camino hasta dar con su princesa. Sola, estaba esperándole. La invitó a bailar. La danza ahuyenta los malos espíritus y las malas vibraciones. Su pecho era un hervidero de felicidad. Al cabo de un buen rato volvieron a sus respectivos asientos. Mientras él fue a pedir o solicitar unas copas, advirtió cómo un joven rubio y con buenos modales se acercaba a Raquel. La charla que mantuvieron fue breve, ya danzaban en medio de la pista de baile y a nuestro héroe aún no le servían. Además, él desconocía el engaño de la «Parejita feliz». Mientras el joven de buena figura bailaba con Raquel, otra moza, novia y cómplice del joven, hurgaba en el bolso de la incauta Raquel para apropiarse sutilmente su billetera.

Cosa que hizo sin levantar sospechas, visto y no visto. La trama parecía bien planeada y no eran novatos. Cuando de nuevo volvieron a juntarse Luis Viñuela y Raquel, los dineros de ella se habían esfumado y las esperanzas de nuestro héroe de acostarse con ella también. Ellos sin saberlo, claro está. El ron de caña hizo milagros con el ánimo de Raquel, pues aniquiló su timidez hasta el punto de encapricharse de Luis Viñuela. Su desbordada alegría acreó tal desenfado, que el disfrute lascivo motivó

una charla íntima y de altos vuelos, en la que pactaron dormir juntos esa noche. Los dos salieron cogidos de la mano como dos tortolitos, todo era dulzura y cariño. Ella quiso adquirir un recuerdo de la isla expuesto en el escaparate o vitrina de la entrada. Al echar mano de su monedero, echó en falta su billetera. Ella gritó, pataleó, amenazó. Le denunciaría. Él era inocente. Raquel requirió la presencia de la autoridad. Estaban aún delante de la entrada o portal de la sala de fiesta, cuando llegó un carro con luces deslumbrantes. Eran dos agentes fornidos, y por su actitud prepotente, estaban dispuestos a resolver el embrollo en un suspiro. Todas las miradas apuntaban hacia Luis Viñuela, al que se dirigió uno de los agentes preguntándole:

—¿Es usted culpable?

Luis Viñuela, perplejo le contestó:

—Le prometo que soy inocente.

Raquel volvió a la carga:

—Ladrón, asesino, criminal.

Por lo visto los agentes estaban dotados de una portentosa intuición, pues sin más elucubraciones, el otro agente se volvió hacia Luis Viñuela, y le dijo:

—Esto le costará caro.

Nuestro personaje se veía ya dar con sus huesos en la trena o cárcel. Dicen que todo hombre pobre,

alguna vez en su vida, es sujeto pasivo de alguna injusticia. ¿Sería esta la suya? ¿Albergaba él esperanzas, o serán los gajes de la divina providencia? Lo cierto es que, cuando apareció el vigilante del complejo de viviendas, dónde se ubicaba la sala de fiesta, y dentro de la cual, la pícara parejita, se holgaba de la fechoría como vulgares rufianes de guante blanco, Luis Viñuela ya daba síntomas de una ligera exasperación.

El vigilante traía la billetera vacía de Raquel en la mano. Se llamaba Luky, hombre honrado y de recto talante, desenmascaró a la lista acompañante del apuesto joven, que aún seguía dentro de la sala sin reparar en dispendios. El guarda había visto en el transcurso de la gloriosa velada, cómo ésta cogía los dineros y tiraba la billetera al jardín del complejo de viviendas. Ante la confidencia del guarda, los agentes de policía ordenaron al portero y a los demás empleados de la sala, que arrestasen a la pareja feliz. Estos, una vez descubiertos y arrependidos, devolvieron los dineros a Raquel que lloraba emocionada. Le pidieron perdón llorando ellos también. El incidente se convirtió en un baño de lágrimas divinas.

De nuevo el agente a Luis Viñuela:

–Bueno, ya está libre.

No quiso nuestro protagonista unirse al grupo de ingleses llorones. Tal vez se contagie y acabe llorando también. Pretendía mantenerse alegre hasta

la hora de embarcar de nuevo. Dio media vuelta, y se dirigió al trote hacia donde seguía esperándole su bicicleta, fiel compañera de garbeo y desventuras. Otra vez reunidos, la liberó de sus cadenas. Se montó en ella y, golpe de pedal tras golpe de pedal, se abren nuevos horizontes, se traspasa nuevas fronteras; él se conformó con avistar la estrella de la mañana que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores.

Enero 2.000

***Posdata:** Por si la buena suerte, a menudo esquiva, no favoreciera este cuento de editarse o publicarse, seguramente que algún isleño se encargará de divulgar o propagar a los cuatro vientos, con la ayuda del silbo claro o está, el mito de nuestro personaje, para quedar impreso en la conciencia de todos, allende los mares*